

civiles. Alguna vez, como en Inglaterra, este interés fué el de la libertad. El renacimiento es como la edad del hombre, y de allí la gran tragedia del Dante que exhibe al hombre en sus bajezas horribles y en sus glorias excelsas; de allí las figuras de Miguel Ángel, que hacen creer en una posible humanidad formada de semidioses; de allí las mujeres sonrientes de Leonardo, que hacen presentir las sutiles gracias del alma humana. Francia introduce en el acervo de la vida, el interés de la justicia y de la democracia, y el mundo presente, no vencido, no humillado, no triste, se vuelve hacia el niño para seguir labrando con nuevas virtudes esta gran maravilla de la conciencia humana. El niño fué siempre la rosa de la vida, pero hoy su sonrisa y su ternura, son los signos del porvenir. La infancia viene a ser como un nuevo motivo religioso del hombre. Algunos proclamaron a su tiempo la renunciación de todo lo que turba nuestros destinos. Esto es excelente. Mas hoy, parece que la lección del Maestro adquiere ya su verdadero sentido: sed como estos pequeños, y la humanidad horrorizada de su pecado, se torna hacia aquellos que llevan en su corazón frágil, la pureza y la verdad del mundo. He aquí la fuerza o la sustancia de donde saldrán las naciones del futuro, o mejor dicho, la única nación hacia la cual aspira la humanidad, la patria universal cuyas palpitaciones en el seno del infinito hicieron vibrar las cuerdas heroicas de la preciosa lira del poeta alemán. Porque la patria será entonces aquel lugar, cualquiera que sea su asiento, en el cual el hombre se sienta hombre y capaz de realizar el mayor bien posible. El niño será el ciudadano del mundo, y el supremo estatuto de la tierra: cultura.

El asunto puede considerarse desde un punto de vista más práctico y más temporáneo. En todo caso para este país no deja de ser una gran fortuna esta de que el padre y que el ciudadano prefieran esta política de la escuela a las viejas formas de la política común; y que se acepte que la escuela, cualquiera que haya sido su tradición humilde y su posición secundaria, se convierta de pronto en el campo de acción de la República, deseosa ésta de disciplinar sus energías internas para la reparación de sus errores. Y no hay ninguna otra forma posible de reparación que el sentimiento que pueda adquirir el hombre de que hay alguna cosa dentro de sí que merece ser conservada y que debe conservarse: todo cuanto lo glorifique, todo cuanto lo fortalezca, todo cuanto lo perfeccione. Los problemas de la escuela pueden ser entre otros los problemas de la vida ordinaria, los de la higiene, los de la alimentación, los de la fortu-

na individual, los del trabajo, pero me complazco en insistir que hay una serie de problemas primordiales: todos los de un valor moral: la escuela debe darle al hombre un justo concepto de la vida, y hacerle sentir que por su acción y por sus ideas, puede hacerse digno de la vida.

He meditado estas páginas breves en el anhelo de dedicarlas a los padres que tienen el orgullo de sus hijos y a los hijos que tienen fe en sus padres, y pensando siempre en esta patria nuestra, que crece por la fuerza de nuestras esperanzas y de nuestras devociones, que se confía a sus hijos, generosa y amable; y quiere encontrar en ellos, siempre, servidores leales de sus destinos.

Por ella trabajaron honradamente los buenos, por ella sufrieron los valientes, en hermosarla se empeñaron los que la amaron, en hacerla fuerte y sabia los que la querían digna. Le

dieron unos brillantez a su nombre, le dieron otros orgullo, la dotaron aquellos de instituciones que la hacían justa, de leyes que la constituían en asilo sagrado del hombre libre; promovieron los más sus fuerzas para hacerla rica y feliz, pusieron delante de su seno escudo de libertad para darle sentido de nación preclara; el padre formó en ella hogar limpio y de ejemplo, el joven le tributó sus gracias y nadie la quiso vil, ni triste, ni oscura.

Esté presente su espíritu en nuestro ánimo hoy y siempre que consagremos a ella nuestro pensamiento, porque en todo este afán que nos agita hay un propósito definitivo y supremo: el de tener patria, cuando vinculamos a esta enigmática palabra, el cumplimiento de los más nobles intereses de la vida, por el ejercicio de nuestras virtudes y por la aplicación de nuestras más preciosas fuerzas espirituales.

RÓMULO TOVAR

## Conversación Científica

### Sorpresas de la Astronomía

**D**URANTE los últimos cinco años, pocas gentes se han interesado en las estrellas... aparte de los coroneles que esperaban promoción al generalato.

Si embargo ha habido cosas nuevas por allá arriba, y los astrónomos ame-

*Alberto Brenes Córdoba tiene el gusto de remitirle la adjunta traducción, por si la juzga a propósito para insertarla en el REPERTORIO AMERICANO.*

*San José, 9 de noviembre de 1919.*

Sr. don Joaquín García Monge  
Pte.

ricanos, privados por menos tiempo que nosotros los franceses de los placeres contemplativos y telescópicos, han aprovechado la oportunidad para ocupar en el firmamento algunos nuevos territorios, a despecho de las ideas del Presidente Wilson contrarias al anexionismo.

Creíase hasta aquí que todos los astros observables por medio de los telescopios formaban parte de ese archipiélago del infinito llamado la Vía Láctea, del cual el Sol constituye a penas un islote de los más medianos, y que despliega soberbiamente sobre nosotros su cinturón espiraloide de estrellas. Con todo, nuevos métodos de estudio acaban de establecer que no hay tal, pues contrariamente a lo que

se pensaba, existe toda una categoría de astros que no forman parte de la Vía Láctea: esos cuerpos celestes son las «nebulosas espirales», pequeñas manchas vaporosas formadas por dos tenues espirales, y que el telescopio descubre, por centenares, como menudos caracoles de plata, en el jardín de los cielos. Y no sólo las nebulosas espirales no forman parte de la Vía Láctea, sino que precisamente cada una de ellas es una Vía Láctea, un universo aislado con sus millones de soles y —mucho más abajo en la jerarquía astral—, sus miríadas de planetas... Ahora, estando, como está averiguado, que la Vía Láctea contiene aproximadamente mil quinientos millones de estrellas, esto es, de soles, júzguese de la enorme cantidad de luz, de energía y de materia, que una sola de esas nebulosas espirales representa, y que sin embargo, ofrece apenas en los más poderosos telescopios, el tenue fulgor de un gusanillo de luz.

Ello depende de que esos universos —y hé aquí lo más admirable— están a increíbles, jamás sospechadas lejanías, que hacen dilatarse al infinito las dimensiones del universo visible. Vano sería querer expresar en kilómetros las distancias de las nebulosas espirales, pues todo se reduciría a algunos números seguidos de una enfilada de ceros que nada dirían a la imaginación. Los siguientes cálculos, en que el tiempo presta sus alas al espacio, hablarán mejor al entendimiento.